

salen á las calles y á los balcones el día que hay un repique á vuelo en Catedral, y se esconden y cierran herméticamente sus puertas y ventanas en cuanto oyen un balazo; de todos aquellos ricos y hacendados que en un día de elecciones se van á sus casas de campo, ó se meten en la cama; en una palabra, de todos aquellos que, no ocupándose absolutamente en la política, les es indiferente todo gobierno, con tal de que en nada los ocupe ni nada les pida. Desorganizada, pues, la revolucion entre los mismos que la habian promovido, el Sr. Comonfort no debió, ni pudo contar con este partido pacífico, que entre nosotros pesa bien poco; y en efecto, las gentes se fueron retirando del Palacio, y nos fuimos quedando solos, y lo que es mas, despreciados, odiados, amenazados de los dos partidos únicos del pais. El huracan volvió á soplar, y la aguja, recorriendo toda la rosa, no podia señalar el Norte. Creo que con algunas observaciones de este género pueden medio explicarse los acontecimientos de Diciembre.

El Sr. Comonfort, durante los dias que transcurrieron desde la promulgacion del plan de Tacubaya hasta el pronunciamiento de Santo Domingo, vaciló, es una verdad, pero vaciló con razon: esto dependió de su carácter y de sus convicciones.

Así como he dicho con verdad todo lo que yo hice desde el principio, con la misma aseguero, que á los dos ó tres dias de publicado el plan de Tacubaya, tuve muy poca parte en los acontecimientos. Vivía yo en Palacio, mas por estar en la pieza anterior acompañando al Sr. Juárez, contra el cual se decia que podia cometerse un atentado, que de verdad yo no me esperaba, que por otra cosa. Dias enteros se pasaban sin que pudiese yo hablar con el Sr. Comonfort. Diré, sin embargo, lo que pasó.

El Sr. Comonfort conservaba todavía alguna esperanza: le quedaba Veracruz; creía contar absolutamente con la tropa de línea y con algunos cuerpos de la guardia nacional; pero entretanto se le urgía por las dos entidades, que lo oprimian, como si hubiera estado en una prensa.

—Decídase V. por el partido conservador, decían al Sr. Comonfort, y échese en sus brazos, y tendrá Ministerio, y podrá disponer de todos sus elementos; pero es menester derogar la ley de 25 de Junio y la de fueros, y la de obvenciones parroquiales y todo, todo; en una palabra, retroceda V., y tendrá dinero, y tendrá ayuda.

—Imposible, decia el Sr. Comonfort, yo no vuelvo atras, yo no derogo la ley, yo no puedo convertirme en verdugo de los mismos que me

han acompañado á la campaña de Puebla; yó no puedo desterrar á Juárez ni á Olvera, ni puedo ir á combatir con Doblado y Parrodi: yo modificaré todo; yo no perseguiré ya, porque el brazo me duele de castigar; pero yo no puedo convertirme en reaccionario.

—Pues entónces échese V. en brazos del partido puro, y olvidará todo lo que ha pasado; pero es menester declarar bienes nacionales los del clero, reducir las monjas, acabar con los frailes, echar á unas cuantas docenas de hombres de la República, y quizá fusilar á otros; en fin, entrar de lleno y con franqueza en el camino del progreso, y despues de hecho todo esto, convocar una asamblea, que dé una nueva constitucion al país: así aceptará el partido puro la revolucion de Diciembre.

—Imposible, contestaba Comonfort, ¿cómo voy á desterrar al arzobispo, para que se muera en el camino, y mé llamen toda mi vida un asesino? ¿Cómo voy á dejar á los pueblos sin curas? ¿Cómo voy á hacer que los soldados peleen con valor y con fe, si saben que no los han de absolver á la hora de su muerte, y no los han de enterrar en sagrado? Yo no perderé el camino andado, yo no iré para atras; pero que se me deje tiempo, y pensarémos cómo las reformas se van planteando, sin hacer violencia á la conciencia de la gente pacífica y timorata.

Revolucion que no marcha, muere.

Una noche el Sr. Comonfort recibió un parte de Veracruz, en que creo que el Sr. Zamora le decía, que se observaba en la plaza mucha inquietud; que la falta de noticias tenia á todos muy alarmados. El Sr. Comonfort me dió tal noticia, y me indicó que seria urgente enviar una persona á Veracruz, que explicara cómo iba la marcha de los acontecimientos. El Sr. Baz se hallaba casualmente en el entresuelo de Palacio, donde yo vivia; le comuniqué lo que pasaba, y como él habia ido la primera vez, le insté para que hiciese otro viaje. Me contestó que no era necesario, que él enviaria una persona de toda su confianza. Creo, aunque no lo recuerdo bien, que entónces escribí al Sr. Zamora, diciéndole que una persona que le merecia amistad, marchaba á imponerle de lo que pasaba. Mandé tomar unos asientos en la diligencia, y marchó el Sr. García Brito á Veracruz.

Los dias se pasaban en esta irresolucion, y la idea mas fija que hasta esos momentos tenia el Sr. Comonfort, era la de marchar al Interior, con cuatro ó cinco mil hombres, á hacer la paz como él decía. Lo que habia hablado por el telégrafo y por medio de sus comisionados, y que yo lo ignoraba y lo ignoro todavía, quizá le daria motivo para esperar este resultado; pero para

esta marcha se necesitaban recursos. No habia mas arbitrio que el clero; pero con el clero nada se podia ni intentar, sin la previa derogacion de la ley de 25 de Junio, y como esto no entraba en las ideas del Sr. Comonfort, toda negociacion por ese camino era inútil.

Hice dos negocios con el Sr. Hargous: uno de cien mil pesos, y otro de ciento veinte y cinco mil pesos en efectivo, admitiendo otra cantidad igual en bonos de la convencion española, debiéndose pagar todo con los productos futuros de la vía de comunicacion por el istmo de Tehuantepec: mas bien que negocio fué un servicio que obtuve de diversas personas, que por cierto hasta la fecha en que escribo, no se han recobrado ni de un solo peso de lo que prestaron. El producto del primero se fué gastando en el diario de la guarnicion, y en enviar algunas sumas á las tropas del Sr. Echeagaray y del Sr. Lamberg, y en pagar los doce mil pesos que yo habia facilitado al Sr. Doblado. El producto del segundo, que ya se comenzaba á gastar, se destinó á cubrir los haberes de un mes de cuatro mil hombres con que debia marchar á Querétaro el Sr. Comonfort.

El resultado de la mision del Sr. García Brito fué contrario á lo que se esperaba. ¿Qué pasó en Veracruz? No lo sé. Si se dijo que el

Sr. Comonfort se inclinaba al retroceso, y estaba en vísperas de ser dominado por el clero, esto no era cierto; y á falta de otras pruebas, que no seria difícil exhibir, su misma conducta prueba, que no estaba decidido mas que por las ideas que emitió en su Manifiesto. Sea lo que fuere, este fué el golpe de gracia.

—Estamos perdidos, me dijo en el momento que le enseñé el parte telegráfico en que el Sr. Ituarte me avisaba que Veracruz se habia despronunciado.

Lo mismo recuerdo que pasó con el Sr. Arista: todo lo afrontaba, á nada temia: cuando tuvo la noticia de que Veracruz se habia pronunciado, perdió el ánimo, y ya no tuvo mas idea sino dejar el mando, y salir de la República.

Con esta inaccion de parte del Sr. Comonfort, con las intrigas que se habian naturalmente puesto en juego, con los brillantes y exagerados ofrecimientos que en esos casos se hacen, la firmeza de las tropas comenzó á vacilar, y ya, como se lo repetia yo al Sr. Comonfort, no habia momento seguro, ni se podia contar con nadie.

Un sábado fuí á la parroquia de San José, donde vivia el general Zuloaga, y le encontré allí almorzando con el general Parra. Mi objeto era asegurarles que el Sr. Comonfort estaba ya decidido á marchar al Interior, y á conjurarlos á que se calmasen, y no pensasen en nada

mas que en marchar unidos, pues así al ménos seria mas fácil salir de la posicion en que todos nos encontrábamos.

—Mi compadre nos traiciona, me contestó el general Zuloaga: mi compadre nos quiere entregar á los puros, y nosotros estamos decididos ya á seguir nuestro camino.

No hubo forma de hacer que esperaran siquiera dos ó tres dias mas ántes de tomar una resolución.

—Supongo que V., que está tan comprometido, nos ayudará, me dijo el general Zuloaga.

—En nada absolutamente: cualquiera que sea mi posicion, y lo que haya de resultar, no me queda mas camino que seguir la suerte del Sr. Comonfort.

Al retirarme observé, que en la pieza cercana á la sala habia muchas personas muy marcadas por sus opiniones reaccionarias, que habian escuchado nuestra conversacion, y no me quedó ya duda de que el general Zuloaga habia en efecto tomado una resolución definitiva.

El domingo, á pesar de lo que yo indiqué al Sr. Comonfort, estuvo haciendo sus preparativos para la marcha al Interior.

El lunes, á las seis de la mañana, amanecieron las tropas que guarnecian Santo Domingo, San Agustin y la Ciudadela, pronunciadas por el plan de Tacubaya, excluyendo la persona del Sr. Comonfort.

VIII.

Al salir la mañana del lunes 11 á la calle, corria la noticia de que las tropas se habian pronunciado por la vuelta al poder del general Santa-Anna, noticia á que daba muchas apariencias de fundamento, la considerable reunion de oficiales sueltos que concurrieron á Santo Domingo. Me dirigí á la casa del Sr. Vélez, solicité una entrevista y una explicacion con el Sr. Parra, el que me refirió, que habiendo desconfiado las tropas del Sr. Comonfort, habian resuelto eliminarlo del mando; pero que salva esa variacion, el plan de Tacubaya era el mismo que sostenian los de Santo Domingo; que esperaba que yo les acompañase, y que era tal el número de personas de todas clases y categorías que se estaban presentando, que seguramente podria haber armado en momentos, mas de cinco mil hombres, á tener suficientes fusiles para tantos como los solicitaban: le contesté que ya le ha-